

mundo y el estallido de la violencia. El autor, al igual que en los capítulos anteriores, dibuja con claridad la complejidad de los factores y elementos que desencadenaron un conflicto bélico que los organismos internacionales fueron incapaces de frenar a tiempo, primero en Rambouillet y más tarde con la intervención de la OTAN.

Al igual que en el capítulo dedicado a Bosnia, se exponen los posibles escenarios de futuro para Kosovo: una reaparición del conflicto, la partición del territorio, la incorporación de éste como la tercera parte integrante de la Federación Yugoslava o su unión a la vecina Albania.

El siguiente aspecto que se expone es la situación de todas las repúblicas ex yugoslavas tras los acuerdos de Dayton, describiendo los cambios más importantes acaecidos en todas ellas así como su trayectoria, más o menos exitosa, dependiendo de cuál sea el caso, llegando a incluir los últimos cambios producidos en Serbia durante el pasado octubre. Por último, y antes de las conclusiones finales, se hace un repaso del papel de la comunidad internacional en todos estos conflictos y crisis, ya esbozado en capítulos anteriores, y no ausente de una fuerte y contundente crítica bien argumentada.

Por fin, y haciendo gala de conciencia y destreza analítica, el profesor Taibo expone sus conclusiones, nuevas y bien delimitados puntos: las fisuras de la construcción estatal de Tito, la reaparición de la historia, el papel desempeñado por las elites, la distinción entre pueblos y gobiernos, el trasfondo económico de la desintegración yugoslava, la falta de preocupación por la población, la debilidad

de los intereses de los agentes internacionales, los problemas todavía pendientes en la región y la negación de las explicaciones mágicas para estos conflictos. **R.F.**

China. La construcción de un Estado moderno
Yolanda Fernández Lommen
Madrid: Los Libros de la Catarata
2001. 300 págs.

El ideograma que ilustra la portada de este nuevo libro sobre China, *long*, significa dragón y, de algún modo, es el icono que resume la perspectiva de la autora y lo que aporta su texto al mayor y mejor conocimiento de esa gran potencia, todavía escaso y estereotipadamente tratado en nuestro país.

La crisis asiática de 1997-98 puso fin a la literatura sobre los milagros económicos que allí tenían lugar, desapareciendo de la escena cotidiana las antaño habituales referencias a los "dragones asiáticos". No obstante, como se pone de manifiesto en este ensayo, China, especialmente las provincias del sureste y, en general, todo el litoral, constituye otro ejemplo de crecimiento industrial acelerado, con unas características similares a los cuatro dragones originales (Hong Kong, Taiwan, Singapur y Corea del Sur), es decir, la orientación de la producción hacia la exportación, el trabajo intensivo, la inversión de capital extranjero, etcétera. Las altas tasas de crecimiento del PIB chino durante los últimos veinte años, fenómeno único en la historia del mundo, han convertido al país en un nuevo dragón, eso sí, no en cualquiera, sino en uno muy peculiar.

Ninguna de las más recientes transformaciones de China, tanto en

el ámbito social como político, y por supuesto, económico, quedan ajenas al comentario de la autora que, además, proporciona la precisa introducción histórica a estos procesos. El carácter divulgativo de la obra impide, en ocasiones, profundizar más en aspectos concretos. De cualquier modo, las aportaciones, por ejemplo, sobre la estructura del Estado y la composición del gobierno, las relaciones internacionales o la entrada en la Organización Mundial de Comercio (OMC), son de tan sencilla y clara exposición que facilita enormemente el camino para adentrarnos en la complejidad de la burocracia, la administración, el gobierno, el ejército, la política exterior, etcétera, y éste es uno de los grandes logros del libro, además de su apuesta por no caer en dogmatismos fáciles y el esfuerzo por mostrar todas las variables que intervienen en cada momento, además de las diferentes y abiertas perspectivas de futuro.

China es un inmenso país que no debería resultarnos indiferente. Si su pasado inspiró a nuestros pensadores de la Ilustración que lo tomaron como ejemplo para fundar Estados centralizados y burocráticos, administrados por funcionarios elegidos por sus méritos en un momento en el que todavía era el motor económico del mundo, con una productividad muy superior a la europea del albor de la revolución industrial, ahora se ha convertido en un desafío permanente a nuestras teorías eurocéntricas y una esperanza para la continuidad del sistema de la sociedad de consumo que domina nuestras vidas.

China atrae el capital extranjero que busca reducir los costes de producción y nuevos mercados para sus

productos: 1.300 millones de potenciales consumidores a medio o largo plazo son un atractivo tan irresistible como necesaria para nuestras economías que almacenan los excedentes de sobreproducción. Pero China, como bien señala la autora, está desarrollándose mediante una estrategia sin fisuras frente a la dependencia del exterior: deuda externa mínima, altas tasas de ahorro, balanza comercial favorable, inversiones de empresas extranjeras a cambio de la transferencia de su tecnología, fuertes restricciones para dejar más del cincuenta por cien del capital de las empresas en manos extranjeras, etcétera.

El final de la autarquía a partir de las reformas económicas y la apertura al exterior, medidas políticas oficialmente sancionadas en 1978, no ha conllevado la pérdida de autonomía, independencia y soberanía. Todo lo contrario, las grandes empresas multinacionales se han visto sometidas a largas negociaciones, precisamente porque Pekín no cede en sus intereses a pesar de las presiones, circunstancia que también ha retrasado su ingreso en la OMC. Su soberanía se ha reforzado en los últimos años tras recuperar Hong Kong y Macao, proceso también relatado en el libro, así como el de las complejas relaciones con Taiwan (curioso fenómeno de integración económica *versus* distanciamiento político). Y lo más significativo es la proporción del capital en manos chinas que entra como inversión directa extranjera, aproximadamente el setenta por cien de todo lo que allí se ha invertido. Es decir, si una parte importante del crecimiento del PIB chino se debe a las inversiones extranjeras, éstas, a su vez, corresponden en su mayor parte a chi-

nos étnicos: capital chino que invierte en China.

¿Qué papel desempeñan entonces los países industrializados ricos de Occidente además de Japón y Corea del Sur? Básicamente lo que buscan es participar en su mercado, exactamente lo mismo que pretendía Cristóbal Colón cuando inició su viaje hacia Catai a finales del siglo XV, un acceso directo a su "riqueza", a un mercado y a productos que pasaban por tantas manos antes de llegar a Europa, que hacía necesario encontrar una ruta sin interferencias para obtener mayores beneficios.

China durante el siglo XX ha sido el mayor laboratorio social del mundo. Su camino y experiencias, siempre a contracorriente, la han convertido en el lugar donde chocan todos los paradigmas elaborados en Occidente. Su objetivo siempre ha sido el desarrollo económico y el aumento del bienestar de la población, tanto en la época imperial (el ideal del "pequeño bienestar" confuciano para una sociedad agraria), como en las de mayor radicalismo igualitario, siguiendo la utopía maoísta.

Mao no pretendía hundir a China en el atraso, ni que su pueblo se muriera de hambre y, a pesar del desastre del Gran Salto Adelante (con treinta millones de muertos), la población pasó de 541 millones en 1949 a 932 millones en 1976. Su mayor deseo era acelerar el proceso de creación de riqueza, aunque su estrategia de voluntarismo y de lucha de clases resultó excesiva para el pueblo. No obstante, al final de su mandato, aunque el nivel de vida alcanzado por China fuera relativamente bajo, las necesidades primarias de la población estaban cubiertas por el sistema

de redistribución y de protección social desarrollado y las situaciones de extrema miseria, tan habituales, por ejemplo, en el régimen democrático de India, constituían en China una excepción.

En la actualidad, uno de los grandes problemas de la nueva estrategia de desarrollo es el desmantelamiento de los logros del bienestar social colectivo, sobre todo en los sectores de educación y sanidad, a través de un intenso proceso de privatización. Yolanda Fernández Lommen analiza la crisis fiscal del Estado y la urgente necesidad de crear una red de seguridad social antes de que el descontento popular sea mayor e incontrolable, como demuestra el reciente fenómeno de Falun Gong.

Por otra parte, China se encuentra en pleno proceso de industrialización y urbanización. La estructura de su población activa ha bajado por primera vez del cincuenta por cien en el sector primario (1997), además si sumáramos a los clasificados como trabajadores agrícolas, que constituyen el grueso de los más de cien millones de emigrantes en el interior, la tasa de los activos en ese sector, todavía sería menor. La descentralización y la industrialización rural, verdadero motor del crecimiento, iniciadas ya durante el maoísmo, son otra novedad experimental propiamente china que enriquece las posibilidades del desarrollo económico más allá de los cánones exportados por el Primer Mundo.

China no es un ejemplo de país en transición de una economía planificada a otra regida por el mercado. Su excepcionalidad debería hacernos reflexionar más sobre la democracia económica frente a la democracia po-

lítica, sin olvidar la importancia que tienen las elecciones de los dirigentes a nivel local, aquéllos más cercanos a la vida cotidiana del pueblo, fenómeno similar a la democracia participativa propugnada en la actualidad desde los sectores más progresistas, como demuestra el último Foro Social Mundial (25 enero 2001, en Porto Alegre, Brasil); ni la singularidad de los factores de confianza y de las relaciones personales intrínsecos al desarrollo del mercado en China frente al imperio de la ley y de los contratos; o el concepto de la propiedad, no nuevo, sino tradicionalmente construido, que no se amolda al elaborado por Occidente, y no por ello invalida sus logros.

Yolanda Fernández, en definitiva, nos ofrece una introducción y panorámica de la actualidad china que va mucho más allá de sus aspectos económicos. La claridad expositiva y la extremada ponderación de sus argumentos, algo de lo que carecen la mayoría de los especialistas, convierte este libro en un instrumento muy útil para acercarse a China sin prejuicios. Por último, sus anexos, con la Constitución y sus enmiendas, además de las múltiples tablas de datos económicos y demográficos, son un acierto editorial al proporcionar un material que no resulta accesible al lector. **Joaquín Beltrán**

Introducción a la Historia de las Relaciones Internacionales
Pierre Renouvin y Jean Baptiste Duroselle
México: Fondo de Cultura Económica
2000. 517 págs.

Casi siempre es una buena noticia el regreso a los anaqueles de nuestras librerías de textos clásicos. Más aún, como en el caso que aquí nos ocupa, este libro viene a remediar

una carencia largamente sentida por nuestra bibliografía sobre historia de las relaciones internacionales, ya que desde una primera traducción de 1968, y a pesar de las variadas ediciones y reediciones realizadas por Armand Colin, no había vuelto a publicarse en castellano.

Este hecho por sí mismo sería suficiente para felicitarnos pero, al mismo tiempo, esta versión de la cuarta edición francesa de 1991 subsana algunos errores en la traducción inicial, comenzando por el mismo título de la obra *–Introducción a la política internacional–* y que ahora recobra el sentido original que le adjudicaron los autores en 1964, año de su aparición. Asimismo, respecto a la primera versión en castellano, añade un suplemento bibliográfico a continuación de la bibliografía original preparada por el propio Jean Baptiste Duroselle.

El libro fue esencial en la génesis de la escuela histórica francesa cuyo objeto de estudio gira entorno a las relaciones internacionales. Como afirman los autores, su objetivo se dirige, sobre todo, a analizar y explicar las relaciones entre las comunidades políticas organizadas en el marco de un territorio, es decir entre Estados. Sin embargo, creen que ese marco es estrecho y es preciso considerar el diálogo que el hombre de Estado mantiene con la sociedad bajo la influencia de fuerzas profundas, de factores económicos, de comportamientos colectivos, la psicología de quién debe tomar la decisión y el ambiente en el cual se adoptan.

Según escribió René Girault, el estudio de Renouvin y Duroselle marcó un momento básico de la reflexión y de la práctica de la historia de las relaciones internacionales. En este sentido, es necesario destacar que en